

GAZETA

del Gobierno de Puerto-Rico.

Núm. 141.

Martes 24 de Noviembre de 1840.

Volúm 9.

NOTICIAS EXTRANJERAS.

FRANCIA.

Paris 4 de Agosto.

En la *Revue des deux mondes* del 1º del actual leemos lo siguiente:

El Gobierno y el pais han correspondido noblemente al desafio del Gabinete ingles; el pais por los sentimientos que ha manifestado, y el Gobierno por su actitud imponente.

Decimos *desafio*, porque las peligrosas consecuencias del pacto que Rusia é Inglaterra acaban de firmar, fueron demasiado advertidas por la Francia para no ver en este tratado una especie de provocacion.

Decimos *del Gabinete ingles*, porque este extraño convenio, lejos de ser la expresion de la Inglaterra, es el resultado de los tercios y orgullosos caprichos de lord Palmerston, diestramente beneficiados por la Rusia é indignamente sufridos por sus colegas. A ser ella conforme á las opiniones del pais y á sus verdaderos intereses, la prensa inglesa tenia voz para pedirla y justificarla unánime; y los colegas de lord Palmerston, tan buenos patriotas seguramente como él, no hubieran resistido meses y meses una disposicion tan prudente en sí, tan nacional.

Presérvenos el cielo de dirigir á lord Palmerston las expresiones ya groseras en demasia que se han deslizado á algunas plumas en su justa y viva indignacion. Mucho tiempo há que sabemos, y lo hemos dicho mas de una vez, que hasta en las materias mas graves la imaginacion es la que domina al noble lord, y le dicta resoluciones de que su amor propio se apodera con obstinacion, y que se desdeñaria de reconocer la reflexiva madurez de un hombre de Estado. Mas de una vez la impetuosidad y audacia peligrosa del Ministro inglés han estado á pique de comprometer la paz del mundo. El juicio de sus colegas y la firmeza y prudencia de nuestra política habian podido sostener hasta aqui todo descarrío demasiado sensible, toda precipitacion irreparable, pero su genio violento y orgulloso sufría el yugo de la moderacion y de la prudencia política con irritacion y encono. La Rusia, tan perspicaz, tan hábil en sacar partido de las pasiones, no ha desperdiciado la ocasion que con el noble lord se le presentaba, y se ha lanzado sobre él como sobre una presa de la mayor importancia, incapaz de resistírsele.

Las instrucciones del agente ruso eran muy sencillas:

“Firmad cuanto os proponga lord Palmerston.” ¿Qué le importa á la Rusia, con tal que se rompa la alianza anglo francesa; con tal que Inglaterra, aunque mandada por los whigs, sea diestramente conducida á las garras de la santa Alianza, y que torne el Oriente á agitarse sin remedio, qué importa á la Rusia el tenor de los tratados firmados en Lóndres? ¿La alejarán una sola legua de Constantinopla? ¿La quitarán un batallon tan solo? ¿La harán renunciar á una sola de sus depredaciones en Oriente? ¿Quién no conoce que lord Palmerston representa aqui un papel miserable, el de un buen Juan? Nunca tuvo razon la política contra la discrecion y madurez; porque la mejor política es la probidad. Dividir las fuerzas de Occidente y complicitar al mismo tiempo los asuntos de Oriente es regalar á la Rusia un imperio mas, el del Asia.

Hace algunos meses que este famoso tratado, este pacto anglo-ruso que la historia verá con pena, tan extraño es y tan contrario á los intereses de la Inglaterra, estaba á punto de ser firmado. El Gabinete ingles advertido por las inflexibles declaraciones de la Francia, retrocedió ante esta obra. Lord Palmerston debió sentir las razones y rectos juicios de sus colegas; pero ninguno pudo engañarse al firmarla. Necesario era ser ciego para no ver mas de lo que se decia, mas de lo que convenia publicarse; para no conocer este suceso cuyo

desenlace era tan incierto, cuanto el carácter del noble lord impetuoso y extravagante. Nuestro Gabinete, nuestro embajador en Londres, sabian, cuando menos, lo que las personas maduras y conocedoras alcanzaban en sus conjeturas: que el Ministro inglés cada dia se indisponia mas y mas con el bajá y con la Francia, y que la resistencia de sus compañeros se debilitaba á medida que la situacion del Gabinete se hacia mas crítica. Lord Palmerston esperaba impaciente el dia en que pudiera cogerle la palabra á lord Melbourne y no dejarle opcion entre la alianza anglo-rusa y la disolucion del Gabinete. Con la dimision de lord Palmerston, es cierto, se hubiera disuelto el ministerio whig. El Gabinete ingles ha preferido á una noble y brillante retirada, firmar un tratado que conduce á dos extremos; á la guerra universal, ó á que la Europa acepte en Oriente su deshonor de las manos de la Rusia é Inglaterra.

Algunas circunstancias han concurrido á precipitar la firma de las cuatro Potencias. Dejemos á un lado la muerte del venerable Monarca cuya prudencia y autoridad han refrenado tantas pasiones, é impedido tantas locuras. Seguramente que no hubiera puesto su firma con tanta ligereza á un pacto que será muy pronto cubierto de ridiculo ó renovará la faz de la política europea. Ni menos hubiera aprobado á lord Palmerston que se imaginaba tratar á la Francia como á una Potencia de segundo orden, el concluir sin ella, queriendo adormecerla con falsas apariencias de amistad, un convenio sobre un objeto mil veces mas interesante á la Francia que á la Prusia, y en el cual tiene aquella, de lo contrario, el derecho de intervenir mas que la Prusia, mas que el Austria todavia, si llega á haber intervencion.

¿La Prusia y el Austria regentan el Oriente, sin el concurso y asentimiento de la Francia, como si se tratase de entrar en razon á un Príncipe cualquiera de la confederacion alemana!

Pregúntase uno á sí mismo, ¿cómo hombres graves, hombres de Estado consumados han podido forjarse semejantes ilusiones? ¿Y qué! Porque la Francia en medio de su lealtad y poderío ha querido encerrar en sus fronteras la revolucion de Julio, porque ha preferido los beneficios seguros y sólidos de la paz á las brillantes aventuras de la guerra, ¿se habrá podido imaginar que la Francia aceptará humildemente la dictadura oriental de Rusia, secundada por la Inglaterra, tan ciega en sus verdaderos intereses? ¡Extraño error! Seria conocer muy mal á la Francia, al Rey y al Gabinete, tomar la moderacion por debilidad, la prudencia por timidez, y discurrir, por una coincidencia singular, como esos partidos extremos que rechazan los principios, y hacen profesion de menospreciar la sensatez. Dícese tambien que en el fondo del pacto firmado en Lóndres hay un antiguo fermento de la santa Alianza conservada en San Petersburgo; que la intriga de Viena y de Berlin ha girado sobre los antiguos odios de la Francia, y que se han creído en el caso de insultar la Magestad de Julio y de hacerla sufrir una afrenta. Se han engañado.

Lo cierto es que con estas intrigas ha desacreditado el Ministerio inglés al Gabinete whig; pues ha hecho lo que, no digo un ministerio radical, sino un Gabinete tory jamás hubiera consentido; porque hubiera visto la trampa que se le armaba, y un sentimiento de dignidad y altivez nacional le advirtiera que el pueblo inglés jamás podrá ratificar un pacto que le pone tras del opresor de Polonia.

Cierto es tambien que el Austria y la Prusia arrastradas por su antiguo hábito de ir acordes con la Rusia, han olvidado un momento la sabia madurez de sus consejos, esta vigilante prevision que ha conservado hasta aqui la paz del mundo, al firmar un pacto cuyas consecuencias nadie puede calcular. No es sin embargo la Rusia la que menos interés tiene en pesarlás con madurez y en hacerse cuenta de las necesidades que puede originar este tratado.

La seguridad orgullosa de lord Palmeston ha acabado por sorprender la fé de los eminentes hombres de Estado que gobiernan en Prusia y en el Austria. “Es tiempo de concluir, decia: el bajá no tiene